

—¡Vaya por usía! Y soltó un cuesco fenomenal.

El Juez cambió de color y amenazante e iracundo se fue al Juzgado mandando al alguacil con la multa máxima que podía imponerle, 25 pesetas.

Ramoncito, buen socarrón, sabía que no le convenía enfrentarse con la autoridad y fue al despacho diciendo:

—He faltado, justo es que pague. Y puso un billete de diez duros sobre la mesa.

—Toma, Pío, dice el Juez, sal a la Plaza y cambia para darle a este hombre lo suyo.

—No señor, no hace falta, si no se me hace caro. Empezó a repretarse y mecerse como en la Glorieta al tiempo que decía:

—Por el mismo precio ahí va eso. Y soltó otro enorme.

Sin darle tiempo a reaccionar y aprovechando la turbación del Juez, salió Ramoncito a donde estaban los amigos que le preguntaron:

—¿Qué ha pasado?

—Que hemos quedado en paz.

Faustino Oropesa Marchante nació en Madrid y vino aquí a los doce años. Su madre era prima hermana de la Corona y de la Dorotea del Civil y demás hermanos: Fue empleado del Depósito muchos años, alegre y trasnochador.

Una vez fue a casa de Comino a sacarse una muela cuando no las "dormían" y no se le olvidó jamás. Fue una fecha memorable porque aquella noche pasaba el Rey a Santa Cruz. Salió a verlo con el raigón dentro porque la muela se partió y él iba tan ciego que se puso la elástica del revés.

Era muy célebre. Puso un "Rastro" en la Plaza y desde el puesto a la calle de las Cruces se le conocía al pasar por los zuecos que usaba, que retumbaban en la noche.

Le hizo la competencia a Juan Marica vendiendo castañas en el Cristo y cuando no vendía llamaba a los chicos y se las regalaba con tal de quitarle la parroquia al Mono.

Por último perdió la chaveta y empezó a decir:

—¡Mañana me voy, mañana me voy!

Y se fue a Lavapiés sin haberse sabido más de él.

Sucedido calentito

En un caso clínico de bastante importancia, de muchas dificultades técnicas y no menos zozobras en la evolución, se produjo, al fin, una evacuación de vientre inusitada e increíble por su volumen y cualidades, que dejó al paciente en la gloria. Ponderándolo y celebrándolo, la mujer le dice al médico:

—¡Cómo yo le digo a éste, aludiendo al enfermo, ni con esto le pagamos a D. Rafaell